

—Al avío, repitió Tostado, agotando de un sorbo el café.

También Cisneros y Solares lo apuraron, y aquellos tres personajes se pararon de la mesa para poner su proyecto en ejecución, sin pérdida de tiempo.

CAPITULO XIX.

DOÑA ESTEFANIA BAJO EL PUNTO DE VISTA FINANCIERO.



NA hora despues, Cisneros estaba en presencia de Doña Estefanía.

Ya hemos dicho que la fisonomía de esta señora tenía una espresion de candor y de inocencia tan marcada, que prevenía desde luego á su favor.

Aquella cara dulce siempre y siempre sonriente, sabía afrontar con todas las situaciones, por graves, por espantosas que fueran, con una imperturbabilidad asombrosa.

No parecía sino que la diosa de la hermosura había esteotipado en aquella carita sonrosada el gesto del bienestar y de la tranquilidad, para proporcionar así una máscara impermeable á Estefanía, máscara con la cual pudiera pasar todo el carnaval de este mundo, sin que llegaran á conocerla ni los hombres ni la justicia.

Cisneros era un personaje magro y repugnante, el brillo opaco de la grasa de sus vestidos le prestaba algo de la apariencia del reptil. La oblicuidad de su pupila izquierda descomponía de tal manera su ángulo visual que su mirada se convertía en una mosca fosforescente, que revolaba frente al espectador desvaneciéndolo.

Las barbas y el cutis de Cisneros se confundían como en un boceto: todo este hombre era medias tintas, todos los colores entraban en él, en descomposición, no para formar la luz sino la confusión y la sombra: era una de esas personas que no se sientan sino que se adhieren, que no andan sino que se deslizan.

Cisneros andaba sin tacones; y este accesorio que parece insignificante á primera vista, es de una importancia increíble cuando nos proponemos tomarlo seriamente en consideración.

Desde los tacones herrados del campesino y del carretero que vienen produciendo un ruido de mortero de minas, hasta el taconcito á la Luis XV, sobre el cual se empuña una niña de quince abriles, hay una escala de ruidos que explican la exactitud de nuestras apreciaciones.

¡Quién no conoce en los pasos que la persona que se

aproxima es, ó su criado, ó su amigo, ó su muger, ó una persona que desconoce?

Todas estas apreciaciones son debidas expresamente á esa cuña que se llama tacon, y que viene á dar el tono de aquel cuyos pasos escuchamos.

Hemos visto á mas de un pollo estremecerse ó inmudarse al oír el compasado eco de unos taconitos terminados en un diámetro de media pulgada.

Aquellos taconitos producían un eco, parecido al de los típles de un salterio.

Apelamos á la conciencia íntima de las niñas, y las invitamos á que nos desmientan.

¿No es cierto apreciabilísimas pollas, que experimentais la mas grata de las sensaciones, al provocarnos con el ruidito peculiar de vuestros tacones?

Por nuestra parte abandonamos este asunto á la inspiración de algun pollo-poeta, que no sería por cierto el primero en cantar «al pié» especialmente en México, donde se dan de los mejores que conoce el buen gusto.

Una vez probada la importancia social de los tacones, volvamos á Cisneros, quien hacia algunos años, habia prescindido de ese apéndice; unas veces porque el tal apéndice habia desaparecido escapándose por un lado ante la acción destructora del tiempo, y otras porque Cisneros recurría al arbitrio de calzarse zapatos de orillo.

Estefanía no se sorprendió de la figura de Cisneros:

al contrario, tuvo para él como para todos, una de sus lánguidas sonrisas.

—Pase usted, dijo Estefanía con meliflua voz.

Cisneros se adelantó vibrando su ojo-mosca.

Se sentó Estefanía en un sillón.

Cisneros se resistía á sentarse en el sofá que estaba tapizado de brocatel azul, y buscó con su ojo como con la boca de una pistola una silla ordinaria.

—Siéntese usted, le dijo Estefanía, notando su turbación.

Cisneros se sentó con mucho cuidado sobre el brocatel.

—Vengo de parte de Solares, dijo.

—¡Ah! bueno ¿y que hay? le preguntó Estefanía.

—Pues vea usted señorita, parece que el negocio se dificulta.

Cualquiera otra persona, hubiera hecho un movimiento; pero Estefanía permaneció impassible.

—Ha de estar usted, continuó Cisneros, haciendo jirar como una luciérnaga la luz de su ojo derecho, ha de estar usted para bien saber, que el señor Don Santiago tiene sus escrúpulos todavía con respecto al negocio que le ha propuesto Solares, y se hace indispensable todavía emplear algunos medios para persuadirlo.

—¿Y qué medios pueden ser esos? balbutió Doña Estefanía?

—Pues es necesario un planecito, dijo Cisneros derre-

rente y como inspirado por una idea que él era el primero en conceptualizar soberbia.

Este planecito, consiste en lo siguiente: usted es una muger muy hermosa.

A la mirada de Cíclope agregó Cisneros una sonrisa de sátiro.

Estefanía resistió mirada y sonrisa como saben resistir las flores la aparición de un insecto peludo.

El cerillo del ojo de Cisneros se apagó como si hubiera llegado la flama á la otra cabeza, haciendo un relámpago.

Y continuó.

—Usted es una muger irresistible: con esto quiero decir que siempre la belleza tendrá prestigio, y además, las prendas de usted y su voz y su..... en fin, usted es la única que puede conseguir que Don Santiago se incline ante la razón.

—Yo..... dijo Estefanía, dejando percibir mas en el tono que en el gesto, cierta estrañeza.

—Sí, por que..... vea usted, en primer lugar usted le vá á decir á Don Santiago..... le vá á contar usted una historia conmovedora, porque Don Santiago tiene muy buen corazón.

—¿Pero qué historia?.....

—Esta: le dice usted que tiene usted un hijo á quien adora, que es usted una madre de las mas cariñosas y que le han plagiado á usted ese hijo; pero que está usted de tal manera comprometida, que todo esto debe quedar ocul-

to, por que pelagra la vida de usted; le prueba usted ademas que usted tendrá mucho dinero en el mes que entra, para lo cual será bueno enseñarle una carta del señor Sotomayor, en que ratifique un supuesto contrato anterior y se comprometa á entregarle á usted algunos miles de pesos, y como usted logre interesar el corazon de Don Santiago mas que su codicia, el negocio es hecho.

Por otra parte esto no impide que mi amigo Solares tenga por ello el corretaje que le corresponde, por que si bien es cierto que usted, en todo caso, será la que dé el último golpe, tambien lo es que este golpe está combinado por mí, á quien Solares va á dar una retribucion, señorita, por que hay combinaciones que valen mas que una firma; por que con todas las firmas que usted tiene, buenas y todo, no podría usted conseguir tal vez lo que conseguirá haciéndose interesante para con Don Santiago, y sobre todo, tocándole ciertas fibras, que para todos son un verdadero secreto, mientras que yo tengo la fortuna de poseer algunos datos preciosos, los cuales en último análisis, son un capital tan bueno como cualquiera; y yo se lo confieso á usted francamente, ese es el capital que exploto, por que no tengo otro.

—¿Pero es absolutamente indispensable contarle á ese señor todo lo que usted me hadicho?

—Todo, al pie de la letra, y tan necesario es, que si usted no hiciera su papel como conviene, nos espondriamos á perderlo todo, y tendría usted entonces que pagar todos los trabajos emprendidos hasta aqui, dar gratificacio-

nes, y carecer por último de ese dinero, que segun le ha dicho usted á Solares, necesita usted tan urgentemente.

Cisneros esperó, concentrando toda su atencion en Doña Estefanía, el resultado de su peroracion.

—¿Qué opina usted señorita, está usted de acuerdo? preguntó.

Estefanía con su acostumbrada impasibilidad contestó:

—Supuesto que todo ello es necesario, esta noche pasaré á ver á Don Santiago.

Cisneros aun repitió todos los puntos en que era indispensable que se fijase Estefanía y se despidió afectuosamente.

Estefanía mandó llamar á Sotomayor, quien como ya saben nuestros lectores, estaba en aquellos momentos impresionado con los atractivos de Estefanía.

Apenas recibió el recado, lo abandonó todo, y se fué en derecha á la casa de Estefanía.

—Aquí me tiene usted á sus órdenes, le dijo Sotomayor, entrando con cierta precipitacion ¿qué hay, qué novedad ocurre?

Esto se lo decia Sotomayor á Estefanía, poniéndole entre las suyas su manecita suave, y acariciándola con un afecto muy particular.

—Siéntese usted, le dijo Estefanía.

Sotomayor tomó asiento.

Estefanía habló así.

—Ocurro á usted señor Sotomayor porque sé que es usted mi amigo.

—¡Oh! Estefanía, no lo dude usted, le pertenezco á usted en cuerpo y alma.

—Gracias, Sotomayor; se trata de que escriba usted una carta.

—¿A quien?

—A mí.

—¿Diciéndole á usted que la amo?

—No, diciéndome lo que yo le dictaré.

—Estoy dispuesto ¿cuándo?

—Ahora.

—¿Tintero?

—Ahí está, dijo Estefanía señalando una mesa en que habia recado de escribir.

Sotomayor tomó la pluma y Estefanía dictó.

—«Señora Doña Estefanía.»..... ya sabe usted, mi nombre y apellido—Casa de usted etc.—Señora de mi... lo que usted quiera.

—De mi corazón, dijo Sotomayor dirigiendo á Estefanía una mirada picarezca.

—No, no ponga usted eso.

—¿Aunque sea cierto?

—Apesar de eso.

—Señora de mi respeto, escribió Sotomayor y preguntó en seguida ¿está bueno?

—Sí, siga usted. Circunstancias verdaderamente casuales.

—Casuales, repitió Sotomayor al cabo de un rato.

—Me impiden remitir á usted el.....

—El.....

—¿El qué? ¿cómo se dice de una cantidad que se divide en varias.....

—Dividendo.

—Eso es, dividendo..... «remitir á usted el dividendo»

—Dendo..... repitió Sotomayor abriendo los ojos.

—Del presente mes; pero en el mes entrante, puede usted enviarme su cajero.

—Cajero.

—Y le remitiré, entre los dias quince y veinte los otros.....

—Los otros.....

—Seis mil pesos restantes.

—¿Seis mil? preguntó Sotomayor como si aquella cifra hubiera nacido envuelta en un sumbido de oídos.

—Sí, seis mil ú ocho mil, escriba usted la cantidad que guste, eso queda á la.....

—¡Cáspita! exclamó Sotomayor soltando la pluma.

¿Quién va á firmar esta carta?

—Usted.

—¿Yo? pero si yo.....

—¿Usted no me debe seis mil pesos, no es cierto?....

—A menos que.....

—A menos que todo esto no pase de una broma.

—¿Es una broma?

—Precisamente broma no, pero es una comedia.

—¡Ah! pues si eso es todo, pondré ocho, diez mil, lo que usted quiera.

—No, no tanto, algo solamente que sea verosímil, usted pasa por hombre rico.

—Vea usted, y no tengo nada.

—¿Nada?

—Quiero decir, tengo lo suficiente para.....

—Eso es ser rico.

—No, Estefanía yo soy el más pobre de los mortales porque me falta algo que vale más que el dinero.

—¿Qué le falta á usted, Sotomayor?

—El corazón de usted.

—Nada vale.

—Un mundo.

—No tengo corazón.

—Ay, por desgracia eso es demasiado cierto.

—¿Usted creé?...

—Lo sé, lo palpo, si tuviera usted corazón.....

—¿Qué?

—Me amaria.

—Por eso digo que no lo tengo.

Sotomayor empezaba á ponerse triste.

—¿Acabamos la carta?

—He dicho que estoy á las órdenes de usted, Estefanía.

—Agrégueme usted á la carta cuanto crea usted conducente para persuadir al que la lea, que el ofrecimiento de de los ocho mil pesos, es de tal manera, que es ca-

si un documento con toda la fuerza de una obligación en toda forma; ya usted sabe, es usted medio licenciado, cuando se trata de derecho.

Sotomayor seguía escribiendo de corrido, sin reflexionar interiormente que aquella carta podría comprometerlo, ó que tal vez Estefanía, estaba queriendo poner un precio..... ¡qué barbaridad! pensó Sotomayor, no, no hay que pensar en ello, en todo caso yo me defenderé.

Tan luego como hubo acabado de escribir, leyó la carta á Estefanía, quien quedó muy complacida con el final, en el que el suscrito se comprometía en toda forma de derecho y enagendando sus bienes habidos y por haber al cumplimiento del contrato.

—La firma, dijo Estefanía.

Sotomayor firmó, secó la pluma y preguntó ¿la doblo?

—Sí.

Así lo hizo Sotomayor, y luego, como el que acaba de comprar un objeto, se acercó á Estefanía con esa familiaridad de aquel que se resuelve á todo, á trueque de conseguir el fin que se propone.

—¿Puedo pedir una explicación de ésto que usted llama comedia?

—Sí, señor; y yo se la daré á usted cumplida, se trata de pedir un dinero, infundiéndole confianza al prestamista.

—¿Van á prestarle á usted dinero?

—Sí.

—¿Cuanto?

—Dos mil pesos.

—¿Con firmas?

—Con firmas ¿me va usted á ofrecer la suya?

—¿Por dos mil pesos?

—¿Porqué no? me ha firmado usted una obligacion de ocho.

—Sí, pero.....

—Tengo ya otra firma, señor Sotomayor.

—Es que si usted quiere la mia y vale algo.....

—Vale mucho, pero ya no es necesario, gracias.

Tengo cita á las seis y voy á vestirme.

—Entonces adios.

A Sotomayor le pareció que aquella visita la debia terminar con un efecto de cierto género, y al despedirse de Estefanía la dijo al oido.

—En usted consiste hacer efectiva esa carta.

—Adios, dijo Estefanía, dejándose estrechar la mano.

Y Sotomayor desapareció.

CAPITULO XX.

LOS DOS MIL PESOS.

ESTEFANIA pasó inmediatamente á su tocador y se vistió de negro: en seguida mandó á su criada por un coche sin número, montó en él y se dirigió al Hotel del Turco.

Estaba Don Santiago entregado á la lectura de un periódico, cuando oyó tocar á la puerta de su cuarto de una manera desusada.

Acudió á abrir, y quedó agradablemente sorprendido

á la vista de Estefanía, quien pronunció estas palabras.

—¿El señor Don Santiago Franco?

—Soy un servidor de usted, señora, sírvase usted pasar adelante.

Entró Estefanía, y despues de sentarse habló de esta manera.

—Señor Don Santiago: se que es usted el padre de un niño, á quien ama mucho.

—Si señora, eso es cierto.

—Desde luego es usted un hombre que comprende el amor que se tiene á los hijos.

—Si señora.

—Pues bien, yo soy una madre desgraciada que viene á acudir á usted enmedio de la mas terrible tribulacion: figúrese usted que me han robado mi hijo.....

—¡Pero señora!..... exclamó Don Santiago.

Estefanía se cubrió la cara con su pañuelo, y despues de una pausa continuó.

—Vengo á confiarle á usted este secreto, con la seguridad de que nada tengo que temer, en primer lugar de un hombre leal y caballero, y en segundo, de un padre: mi hijo me ha sido arrebatado hace tres dias, ha sido plagiado, y he recibido ya el pedido de dinero, que despues de muchas contestaciones ha sido reducido á la suma de diez mil pesos: yo deberia tener esa suma completa, á no ser por una circunstancia desgraciada, de la que se impondrá usted por esta carta; de manera que me faltan

dos mil pesos. Ayer le han hablado á usted sobre este asunto.....

—Sí señora; efectivamente, me han pedido dos mil pesos para una persona que ofrece firmas.

—Yo soy la interesada, que se ha tomado la libertad de venir á importunar á usted personalmente, pero debe usted comprender que una madre que se encuentra en una tribulacion semejante, no debe pararse en los medios para lograr volver á reunirse con su hijo.

—Pero señora, objetó Don Santiago, ¿no ha dado usted parte á la autoridad?

—No señor, estoy vigilada, y un paso de esa naturaleza, me perderia irremisiblemente; en este negocio figuran por desgracia personas que ni remotamente pudiera uno figurarse que se ocuparan de estos asuntos: el golpe ha sido hábilmente combinado y no tengo mas remedio que dar el dinero, y eso con el mayor sigilo, porque de lo contrario serian inútiles todos mis sacrificios.

—Pero yo, señora ¿en qué puedo?.....

—Lea usted esta carta, ella le revelará á usted que soy persona bastante acomodada para poder pagar á usted esta cantidad, y mayor si fuera; ademas, las firmas que le han ofrecido á usted son muy buenas, y agregaré que cualesquiera que sean los intereses del dinero, estoy pronta á pagarlos sin reparo de ninguna clase. Señor, se lo suplico á usted encarecidamente, apelo á sus sentimientos de padre, y creo que no quedaré desairada, ponga

usted las condiciones que guste y las aceptaré todas, en cambio de libertad de mi hijo.

Don Santiago recordó que alguna vez se encontró en circunstancias análogas. Solares no se había equivocado, Don Santiago tenía muy buen corazón, ante aquella desgracia no pensó un momento en las seguridades de la devolución; podía hacer un bien y lo hacía; y conmovido, mas conmovido de lo que la misma Estefanía se lo hubiese esperado, entregó á aquella señora el dinero, en oro una pequeña parte y el resto en un vale al portador para una casa de comercio.

—Siento mucho señora, le dijo á Doña Estefanía, no poder disponer de todo el dinero en efectivo en el momento; pero mañana á primera hora y solo con la presentación de este papel, entregarán el resto.

—¡Ah señor! exclamó Estefanía haciendo un esfuerzo supremo para aparecer también conmovida, no sé con qué pagarle á usted ¡Dios lo colmará de bendiciones!

Y después de entregar á Don Santiago el recibo del dinero, y la orden para que Solares le entregara las libranzas, salió del hotel.

Todo esto había pasado en presencia de Gabriel, quien había permanecido en la cama, medio velado por las cortinas.

Desde el momento en que entró Estefanía á la pieza, Gabriel procuró no hacer ningún movimiento que denunciara su presencia; pero no bien hubo desaparecido esta señora, saltó de la cama.

—¿Ahi estabas? le preguntó Don Santiago.

—Sí señor, aqui estaba.

—¿Y has oído?

—Sí señor, por señas de que esa señora tan bonita y todo como es, no me ha simpatizado.

—Será por que no te saludó.

—No es por eso, sino por que me parece que no sabe llorar.

—¿No sabe llorar? repitió Don Santiago, ella ha llorado, y me pareció tan conmovida.....

—A mí me pareció, agregó Gabriel, que usted estaba todavía mas conmovido que ella.

—Me acordé de tí.

—Así lo supuse, dijo Gabriel reflexionando, y como está decretado que yo sea el origen de todos los males de usted, me ha pasado en este momento por la cabeza una cosa.

—¿Cuál?

—Que si fuera usted á perder su dinero.

—Mi dinero..... esta es una señora muy rica.

—Sí, pero por lo mismo no sabe llorar.

—¡No sabe llorar! ¡qué sabes tú de eso! ¡vaya una idea!

—En fin, dijo Gabriel, como yo he visto personas que lloran de un modo y otras que lloran de distinta manera, me pareció que esta señora no lloraba como todos.

Púsose á reflexionar Don Santiago en que Gabriel podía tener razón.

—Efectivamente, decía para sí Don Santiago, he sido un poco ligero, no pensé bastante en lo que hacía.

A partir de ese momento Don Santiago no pensó en otra cosa que en su dinero, y vacilaba entre si daría aviso oportuno en la casa de comercio para la que había dado el vale á fin de que este pago no tuviera verificativo, ó si ocurriría temprano á Solares para el aseguramiento de las libranzas.

En esta vacilacion pasó la mayor parte de la noche y á la mañana siguiente, á primera hora, estuvo en la casa de Solares.

Pero Solares, que se desayunaba leche al pié de la vaca, habia salido antes, y Don Santiago se dirigió entonces al portal de mercaderes.

Veamos entretanto lo que hacia Solares.

No bien hubo recibido el dinero Doña Estefanía, Solares, Cisneros y Tostado recibieron una regular propina, y no se cuidaron de concurrir al portal, supuesto que eran buitres que habian hecho presa: no pensaron desde aquel momento mas que en preparar todo lo conveniente para celebrar á Isabel segun lo habian determinado.

Los lectores que esten al tanto de nuestras costumbres, no se sorprenderán de que al recibir Solares una suma que bien pudiera cubrir el presupuesto de un mes, determinara invertirla en su totalidad en proporcionarse un dia de hólgorio y de fiesta, pues tan desacertado desfalco en materia de economía doméstica, es entre nosotros una de las costumbres mas inveteradas.

Llegar pronto: he aquí el ahinco universal y marcadamente la tendencia de nuestra sociedad y las aspiraciones de nuestra clase pobre.

Cambiar un dia de placer por un año de necesidades; hacer el papel de rico unas cuantas horas en cambio de largos meses de penúria, es una cosa que vemos todos los dias.

De manera que tan luego como Solares se vió en posesion de cierta suma de dinero, se creyó dueño del mundo, y acompañado por su compadre Tostado y por Cisneros, que á su vez abandonaron sus asuntos propios, entró al cajon de ropa, aperó á su muger y á sus hijos, no de prendas de utilidad, sino de lucimiento, ajustó licores y algunas conservas alimenticias en la tienda de unos españoles, y llegó á su casa al medio dia, rebozando felicidad y bienestar.

Como de costumbre salió á recibirlo al porton toda su familia, la que al ver que Solares venia seguido por dos cargadores, se deshizo en las mas alegres demostraciones de entusiasmo.

En pocos momentos se convirtió la sala en un campo de Agramante; ya enseñaba Solares á su muger una musolina de colores que habia de ser empleada en un vestido muy elegante para el gran dia; ya discutia con Cisneros sobre la buena calidad de los licores, y ya en fin, entretenia á sus hijos con la relacion animada del programa de la fiesta.

—Sabes, le decía su muger que estaba sentada en el

suelo rodeada de sus hijos y medio envuelta en la multitud de telas y objetos que Solares habia estado aglomerando, sabes, Solares, le dijo á su marido que si tú te propusieras efectivamente darme gusto.....

—¿Qué?

—Harías una cosa.

—Pero vamos á ver ¿qué cosa es esa?

—En vez de pasar aquí el día, entre estas cuatro paredes que ya me quemán la sangre.....

—Ya sé lo que va usted á decir, comadre, interrumpió Tostado, desearia usted ir al campo.

—Eso es, compadre.

—¡Al campo! exclamó Solares.

—¡Al campo!

—¿Pero adonde?

—A Ixtacalco.

—Eso es, eso es, á Ixtacalco, respondió el coro de los muchachos.

—Me parece perfectamente, dijo Cisneros.

—¿Qué dices? preguntó Isabel, dirigiendo á su marido una de sus mas antiguas miradas, y almacenadas por lo tanto hacia buen tiempo.

Solares juzgó que aquella mirada era decisiva y se la correspondió á su muger resueltamente, diciendo,

—Sea: nada importa, gocemos, para eso es el dinero!

—Hace usted bien, compadre, exclamó Tostado entusiasmándose á la retozona idea de meter el buen día en casa.

—Muy bien pensado, dijo Cisneros, no hay cosa que me dé mas gusto, que ver á un padre de familia que complace á su muger y á sus hijos.

—¿Con que vamos á Ixtacalco? preguntó la hija mayor de Solares.

—Sí, á Ixtacalco, dijo Solares, con el acento de un general que ha tomado una plaza.

—¡Vival ¡viva! ¡viva! gritaron los muchachos.

Desde aquel momento Isabel comenzó á multiplicarse de una manera prodigiosa, y llena de alborozo y de felicidad atendia á los menores detalles, reñía con la criada, reprendia á los chicos, cortaba vestidos, cosía, guisaba y propagaba la consigna de la fiesta en el seno de sus amistades, invitando á unas amigas, comprometiendo á otras y procurando hacer participes de aquella dicha á algunas de sus compañeras de privaciones y muy especialmente á aquellas que en horas amargas la habian favorecido.

Ante tan gratas satisfacciones, ante el placer de corresponder con un agasajo los servicios recibidos y el cariño de que habia sido objeto, Isabel no tenia tiempo de pensar en lo que le esperaba al terminar la fiesta.

Detener el vuelo del pensamiento obligándolo á no pasar los límites del presente, es sin duda una dicha envidiable.

Ni Solares por su parte, ni Isabel, volvieron á pensar en el porvenir, porque la ilusion del momento lo llenaba todo.